

ABAY

Pequeña localidad del municipio de Jaca situada en la vertiente oriental de la Canal de Berdún, en un territorio denominado tradicionalmente como Campo de Jaca, a la que se llega tomando la carretera de Aísa, y tras rebasar el cruce que nos lleva a Guasillo. Allí encontraremos un desvío que nos conduce por la izquierda a la aldea de Abay, población situada a tan solo 8 km de Jaca, en una ladera que se despliega a 775 m de altitud.

Las noticias que de ella poseemos nos trasladan al siglo XI, aunque algunas de esas referencias parten de documentos falsos, como bien ha demostrado la crítica historiográfica. Es el caso de una supuesta donación de algunos bienes por el rey Ramiro I de Aragón al obispo García de Aragón en el año 1042, entre los que se citaba una heredad en *Abagi*. Mayor credibilidad ofrece la existencia del senior Atón de Abay, quien en 1057 ofreció al monasterio de San Juan de la Peña cinco sueldos de plata por la salvación de su alma. Con la muerte del senior Atón, las casas de Abay pasaron a ser propiedad del conde Sancho Galíndez, en cuyos testamentos de 1063 y 1080 aparecen dichas casas, así como otras tierras y viñas cercanas, que se donan a Santa María de Iguácel, o lo que es lo mismo, al monasterio de San Juan de la Peña.

Se sabe que la iglesia de Abay dependía directamente de la Catedral de Jaca, por lo menos entre finales del siglo XII y principios del XIII, ya que pagaban al obispo de Jaca-Huesca siete cahíces de trigo limpio en 1208. Dependiente del arcedianato de Laurés durante el siglo XIII, posteriormente perteneció al obispado de Jaca, a partir de 1571, año en que se reconstituyó su diócesis.

Iglesia de San Andrés

EN UN ENCLAVE PRIVILEGIADO, dominando la amplia plaza central del lugar, se alza la iglesia de San Andrés. Hoy se muestra con autonomía, destacando sobre su entorno, pero hasta su restauración en 1987 por la Asociación Sancho Ramírez de Jaca el edificio se hallaba casi oculto por una serie de construcciones adyacentes que absorbían su encanto y majestuosidad, dañando su estructura y ahondando en su olvido y abandono.

Una vez recuperada una imagen clara y poderosa del edificio, se atisba una estructura en cierto modo confusa. Sus tres naves no responden al primitivo trazado, sino que son el resultado de una ampliación del siglo XVI, de ahí que en las molduras de la portada meridional aparezca el año 1575. Tanto la nave adosada al lado del evangelio, como casi toda la estructura de la nave sur forman parte del diseño de época moderna. La construcción estrictamente románica responde a los cánones habitualmente descritos: nave única rectangular, presbiterio atrofiado, no destacado en planta, y ábside semicircular orientado con vano aspillero. En el muro de la epístola, junto al ábside mayor, se yergue una torre-campanario cuya parte inferior data de época románica, mientras que el recrecimiento posterior pertenece a una ampliación que algunos autores han fechado en el siglo XVII. La fábrica está realizada en piedra, con sillares medianos de regular tamaño.

Seguramente la iglesia poseyó doble acceso: tras la restauración de los años 80 algunos elementos arqueológicos se consideraron evidencias de una portada en el lado sur de la nave mayor. Según Galtier Martí, allí "se abría la puerta principal provista de columnas acodilladas y crismón". Afortunadamente éste se conserva en el interior de la iglesia. Se trata de un crismón trinitario bastante sencillo, que ha llegado a nuestros días bastante deteriorado. Por su parte, en el hastial occidental se observa una pequeña puerta, algo elevada sobre el nivel del suelo y ligeramente descentrada, que abre en arco de medio punto sobre sencilla imposta.

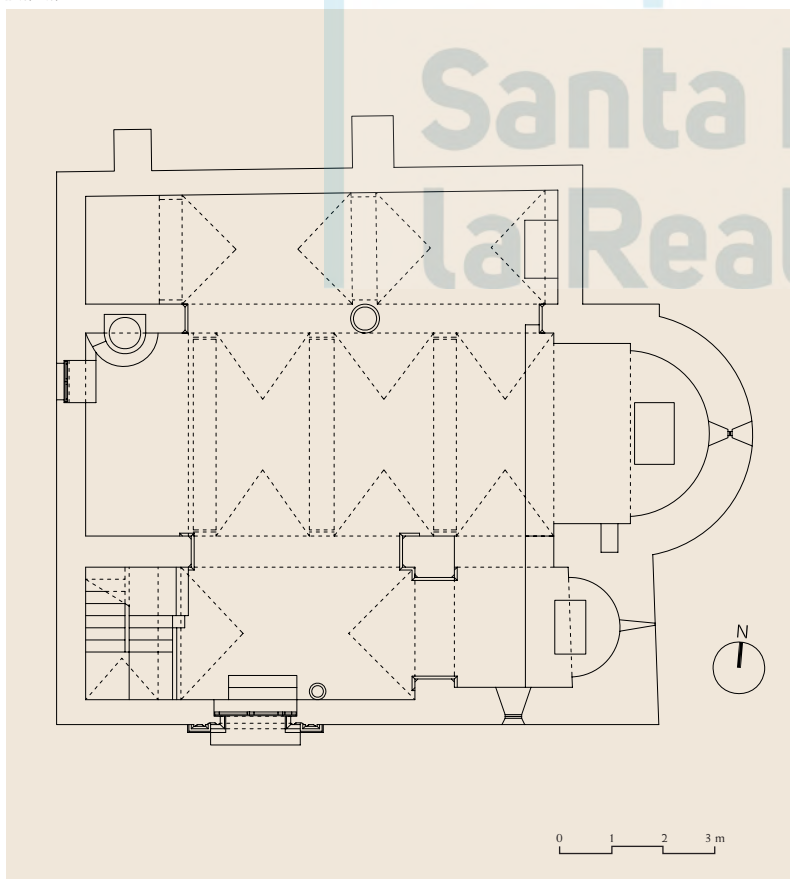
Llama poderosamente la atención su potente ábside, de perfecto acabado, con vano central aspillero, de doble derrame y de cuidado dovelaje. Conserva unos canecillos en perfil de nacela completamente lisos que sujetan la cornisa bajo el tejazoz.

El interior revela claramente el devenir del monumento, sus ampliaciones y su enriquecimiento constante. Dos son los espacios que nos interesan. En primer lugar la nave mayor con presbiterio cubierto con bóveda de cañón y ábside de planta semicircular con bóveda de horno, ambos recorridos por una imposta con perfil de nacela. Lo más seguro es que la nave recibiera en origen cubierta lígnea, aunque actualmente observamos la cubrición moderna con bóveda de lunetos.



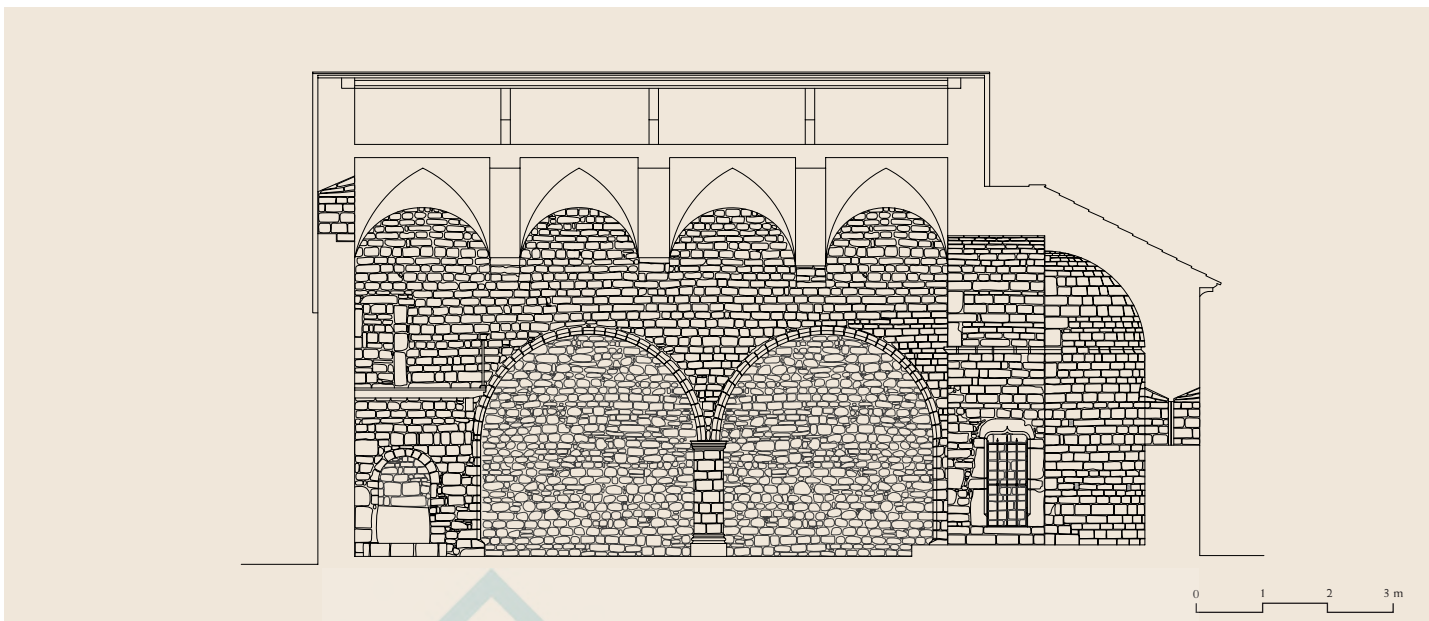
Exterior

Planta



Ábside mayor





Sección longitudinal

Interior del ábside mayor

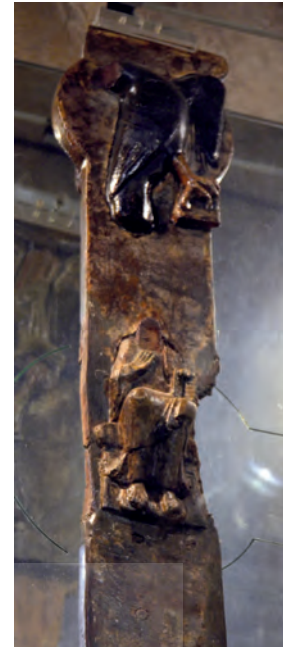


Ábside lateral





Tímpano con crismón



Restos de la cruz procesional

Uno de los aspectos más destacados de este primer espacio románico se sitúa en el muro de la Epístola, allí donde en la última restauración se recuperaron los vanos de iluminación primitivos, momento durante el cual se descubrió también una puerta de acceso en alto a la torre aneja (una escalera de mano permitiría llegar hasta el campanario).

Este detalle nos sirve de enlace para nuestro segundo espacio de interés: bajo la torre se halla una pequeña zona cubierta con bóveda de horno, pero esta estructura semicircular no se acusa al exterior sino que el testero es recto. Esta solución ha sido analizada por varios autores. José María Establés se refiere a ella como "oratorio adaptado a una torre fuerte", idea que indaga en su carácter castrense, y Fernando Galtier relaciona esta disposición con las iglesias de Lárrede, Basarán y Lasieso en la zona del Alto Gállego. Este pequeño ábside secundario conserva su altar en piedra con la habitual estructura y en sus paramentos se expone sobre la imposta de nacela una virgen sedente que procede de de la ermita de Arnesillo, des poblado del que tampoco se conservó su parroquial.

En el imafrente podemos observar un sencillo vano de iluminación aspillero, el segundo acceso, ya comentado (que al interior también presenta arco de medio punto) y finalmente la pila bautismal bajo un arcosolio y sobre un basamento semicircular.

En la restauración de finales de los años ochenta del siglo XX, también se descubrieron dos objetos muebles de gran relevancia: la teca o caja de consagración y la cruz procesional, ambas fechadas en los años finales del siglo XII. La primera ha llegado a nosotros bastante deteriorada; su decoración se ha perdido, restando una pieza de gran sencillez. Sin embargo, la cruz procesional que conserva algunos motivos decorativos

del brazo vertical de la misma y restos de policromía, reviste un gran interés por la temática representada. En su zona central aparece tallada una *Maestas Domini* incompleta (su rostro se ha perdido) con Cristo sosteniendo el libro de la vida a su izquierda y bendiciendo con su mano derecha. En el extremo superior y en medio relieve, el símbolo del evangelista san Juan, el águila, también incompleta, ya que falta su cabeza. Al dorso, un ángel turiferario. Motivos todos ellos que algunos relacionan con piezas conservadas en el Museo Episcopal de Vic, en el Museo de Arte de Gerona y con obras halladas en las cercanas regiones de Francia. Cronológicamente ha sido datada a mediados del siglo XII.

Texto: LAG - Fotos: JLA/LAG - Planos: RVV

Bibliografía

- ACÍN FANLO, J. L., 2011, VI, pp. 15-17; AGERO, J. (coord.), 1993, II, p. 22; ARAMENDÍA, J. L., 2003a, pp. 193-197, figs. 332, 333, 334, 335; ARCO Y GARAY, R. del I, 291; AZNÁREZ AZNÁREZ, J. F., 1982, nº 97; BLECUA SUELVE, J. *et alii*, 1990, pp. 15-33; CANELLAS LÓPEZ, Á. y SAN VICENTE, Á., 1971, pp. 19-27; CASTÁN SARASA, A., 2008, p. 23; DURÁN GUDIOL, A., 1961, nº 45-46; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1974, pp. 41-42; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1983, p. 121; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1987 (1993), p. 53; ESTABLÉS ELDUQUE, J. M., 1991, pp. 12-18; ESTABLÉS ELDUQUE, J. M., 1991, p. 12; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 153-156; GARCÍA GUATAS, M., 2002, pp. 63-64; LABAÑA, J. B., 1619 (2006), pp. 40, 47; MADDOZ, P., 1845-1850 (1997), p. 41; MARGALÉ HERRERO, R., 1999, pp. 89, 92; ONA GONZÁLEZ, J. L. y SÁNCHEZ LANASPA, S. (coord.), 2004, pp. 333-334; UBIETO ARTETA, A., 1975, docs. 42, 43; UBIETO ARTETA, A., 1984, IV, pp. 15-16; UBIETO ARTETA, A., 1993, pp. 88-89; ZAPATER, A., 1986, I, pp. 17-19.

NUESTRA SEÑORA DE ABAY

En el absidiolo lateral se conserva una talla románica de la Virgen con el Niño, una pieza que se encontraba anteriormente en la ermita de la Asunción y que siempre llamó la atención de los autores de guías turísticas, alguno de los cuales apuntaba al referirse a ella que "es también interesante, a pesar de estar repintada, una Virgen románica de talla". La ermita fue reconstruida en el siglo XVIII (hacia 1760) por un ciego, Jerónimo Piedrafita, mediante el dinero que recaudaba con la venta de unas cestas que hacía.

Se trata de una talla, en madera policromada de 79 cm de altura, que nos ofrece al verla las características propias de la estética del románico: la frontalidad y rigidez de las figuras, el apego de las telas a la cabeza, cuerpo o extremidades inferiores..., llevándonos incluso a valorar la inexpresividad resultante en las figuras a pesar de poseer labios carnosos. Frente a estas claves, si nos fijamos en la posición del Niño ya hemos saltado a una tipología gótica, con esa disposición del infante en movimiento: las piernas cruzadas, la colocación del pie derecho apoyado en la pierna izquierda materna y el izquierdo en el aire delante del regazo. Es decir, la presentación que nos hacen del Niño estaría en la línea de las imágenes del tipo vasco-navarro-riojano, concretamente en el segundo grupo de ellas y con una cronología que, sobrepasando el último tercio del siglo XIII, nos lleva a los inicios del siglo XIV.

En este conflicto, tendremos que fijarnos más en la imagen de Abay para poder concretar su cronología. La Virgen está sentada, en posición mayestática, con su hijo ladeado y en torsión hacia la derecha del grupo aunque la cabeza del niño mantiene la frontalidad románica, lleva corona y está descalzo. La Virgen, igualmente coronada y con puntiagudos zapatos, lleva un velo que sujeta la corona anular y produce unas curiosas ondas sobre la frente. El velo, muy pegado a la cabeza cae sin concesión alguna a los meandros angulosos góticos o pliegues en el borde del velo. El cabello se divide en dos por raya central, a partir de la cual se despliega en onda hacia las orejas, sin dejar tampoco vía libre a la representación de esas cabelleras rizadas goticistas.

Esta cuestión nos indica que el escultor ha huido de esas formas angulosas propias del momento (especialmente visibles en el velo y en la parte inferior del manto), apostando por la rotundidad del linealismo y por el caligrafismo del plegado, lo cual nos obliga a pensar en las obras románicas. Con ello, la Virgen de Abay se confirma como un problema en el que hay que contemplar más claves si queremos entender su nacimiento. Por ejemplo, es necesario reparar en ese cuello cilíndrico, acentuando la verticalidad del rostro y contribuyendo –en consecuencia– a reforzar ese aire de estilización que tiene la imagen de María. Al fijarnos en el cuello, detectamos la insinuación de la camisa, cosa poco habitual, sobresaliendo del cuello de la túnica al modo en el que lo hacen tallas pamplonesas (Olite o Puente la Reina), realizadas entre los primeros tipos de imágenes góticas. Por debajo de

la túnica asoma un broche circular que se debía de completar con algún ceñidor, pero no está la habitual capa de cuerda, aunque el manto sigue una diagonal curva desde la zona del pie derecho hasta la rodilla izquierda.

Los rasgos góticos asoman en esta representación de María, potenciados sin duda por la posición del Niño, sobre la mano izquierda de la Madre. Frente a ellos, perviven las notas del quehacer románico, en la resolución de los plegados, en el modo en el que se ajustan las telas al cuerpo, y especialmente en el hieratismo. La imagen de Abay presenta, además, claros paralelismos con la Virgen románica de Bahón, que presenta ya algunos rasgos góticos en la resolución del plegado de su velo y que prelude en el cuello del manto soluciones que se van a desarrollar en cronologías inmediatas.

En consecuencia a todo ello, se puede pensar en situar la talla de la Virgen de Abay en el siglo XIII, como una pervi-

Virgen con el Niño



vencia de los modelos románicos de la escuela oscense de los inicios de esa centuria. Como indicaba Carmen Farré, para otros casos, "la mayoría de estas esculturas son resultado de las exigencias de la devoción y de la perduración, no solamente, del gusto, sino principalmente de la tradición litúrgica del románico".

Texto: DJBC - Foto: LAG

Bibliografía

BUESA CONDE, D. J., 1994, pp. 23 y 25; BUESA CONDE, D. J., 2000a, pp. 88-90; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1974, p. 42; FERNÁNDEZ-LADREDA, C., 1988, pp. 168 y ss.

